RELACION

EL DESDEN CON EL DESDEN.

YA sabes como en Urgél
tuve antes de mi partida
del amor del de Bearne,
y el de Fox larga noticia,
de Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrias
voz á la fama, y asombro
á todas estas Provincias.
El ver de amor tan rendidos,
como la fama publica,
dos Principes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó á ver, si esto en ellos
era por galanteria,
gusto, opinion ó violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona,
vila en su Palacio un dia
sin susto del corazon,
ni admiracion de la vista.
Una hermosura modesta
con muchas señas de tibia;
mas sin defecto comun,
ni perfeccion peregrina
de aquellas, á quien el juicio
quando las vemos queridas,
por la admiracion, apelan
al no sé qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos
quando al valor desafian
en públicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no puede á mi amor,
empezé á mi bizarria,
ya en fiestas, y ya en torneos,
y otras empresas debidas
al culto de una deydad,
á cuya soberania,
sin el empeño de amor,
la obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,
que dexando deslucidas
sus acciones, sali siempre
coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso
la corona merecida
con la suerte dió á mi frente
por merito, siendo dicha,
que qualquiera de los dos,
que en ella me competia,
la mereció mas que yo;
pero para conseguirla
tuve yo el faltarme amor,
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban,
con que por fuerza fue mia;
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
á quien no las solicita:
siendo, pues, mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diana hallé siempre
una entereza tan hija
de su esquiva condicion,
que siendo mis bizarrias
dedicadas á su aplauso,
nunca me dexó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.

Y esto con tanta esquivéz,
que en todos dexó la misma
admiracion que en mis ojos,
pues la estraña demasia
de su entereza pasaba
del decoro la medida,
y excediendo del recato,
tocaba ya en grosería:
que á las Damas de tal nombre
puso el respeto dos lineas,
una es la desatencion,
y otra el favor, mas la avisa,
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada y medida,
que en una, ni en otra toque;
porque si de agradecida
adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
y es ligereza, y si entera
mucho la planta retira,
por no tocar el favor,
pisa la descortesia.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarria
á movella por lo menos
á atencion, sino á caricia:
y este deseo en las fiestas
me obligaba á repetirlas.
á buscar nuevos empeños
al valor, y á la osadia:
mas nunca pude sacar
de su condicion esquiva
mas, que mas causa á la quexa,
y mas culpa á la malicia.
Desto nació el inquirir,
si ella conmigo tenia
diversion alguna, ó quexa
mal fundada, ó presumida,
y averigué, que Diana
del discurso las primicias
con las luces de su ingenio
se dió á la Filosofia.
De este estudio, y la leccion
de las fábulas antiguas,
resultó un comun desprecio
de los hombres, unas iras
contra el orden natural
del amor, con quien fabrica
el mundo á su duracion
Alcázares en que viva,
tan estable en su opinion,
que da por sentencia fixa
el querer bien por pasion
de las mugeres indigna.
Tanto, que siendo heredera
de esta Corona, y precisa
la obligacion de casarse,
la renuncia y desestima,
por no ver, que haya quien triunfe
de su condicion altiva.
A su quarto hacen la salva
de Diana, y son las Ninfas
sus damas, y en este estudio
las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
de las Ninfas fugitivas
pinturas, que persuaden
al desden, allí se mira
á Dafne huyendo de Apolo;
á Anaxarte convertida
en piedra por no querer:
Aretusa en fuentecilla,
que al tierno llanto de Alfeo
paga en lagrimas esquivas.
Y viendo el Conde su padre,
que en este error se confirma
cada dia con mas fuerza,
que la razon no la obliga,
que su riesgo no la ablanda,
y con tal furia se irrita
en hablandola de amor,
que teme, que la encamina
á un furor desesperado,
que el medio mas blando elija

le aconseja su prudencia,
y á los Principes convida,
para que haciendo por ella
fiestas y galanterias,
sin la persuasion, ni el ruego
la naturaleza misma
sea quien lidie con ella,
por si teniendo á la vista
aplausos y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su propio interes la vence,
ó la obligacion la rinda;
que á quien la razon no labra,
endurece la porfia
del persuadir, y no hay cosa
como dexar á quien lidia
con su misma sinrazon:
pues si ella misma le guia
á el error, en dando en él,
es fuerza quedar vencida;
y asi, no hay con el que á obscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño,
mejor luz que la caida.
Habiendo ya averiguado,
que esto en su opinion esquiva
eran desprecios comunes,
y no repugnancia mia,
claro está, que yo debiera
sosegarme en mi porfia;
y considerando bien
opinion tan exquisita,
primero que á sentimiento
pudiera moverse á risa.
Pues para que se conozca
la vileza mas indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma,
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
quando la vi desdeñosa,
por lo imposible á la vista,
la que miraba comun,
me pareció peregrina.
O baxeza del deseo!
que aunque sea la codicia
de mas precio lo que alcanza,
que lo que se le retira,
solo por la pribacion,
de mas valor lo imagina,
y dá el precio á lo dificil,
que su mismo ser le quita.
Cada vez que la miraba.
mas bella me parecia,
é iba creciendo en mi pecho
este fuego tan apriesa,
que absorto de ver la llama,
á ver la causa volvia,
y hallaba, que aquella nieve
de su desdén muda y tibia,
producia en mi este incendio:
qué exemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
el que en la ceniza fria
tiene ya su amor difunto:
qué engañado se imagina!
Si amor se enciende de nieve,
quién se fia en la ceniza!
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba á mis fatigas:
Traidor corazon, qué es esto?
Qué es esto, aleves caricias?
La que neutral no os agrada,
os parece bien esquiva?
La que viste, no os suspende,
quando es ingrata, os admira?
Qué le añade á la hermosura
el rigor? Qué la ilumina?
Con el desdén es hermosa,
la que sin desdén fue tibia?
El desprecio no es injuria?
La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
por qué os arrastra enemiga?

La crueldad á la hermosura
el ser de deydad le quita:
Pues qué para mi la ensalza,
lo que para si la humilla?
Lo tirano se aborre;
pues á mi cómo me obliga?
Qué es esto, amor? Es acaso
hermosa la tiranía?
No es posible, no, eso es falso,
no es esto amor, ni hay quien diga
que arrastrar pudo inhumana
lo que no movió divina;
pues que es esto? esto no es fuego?
Si, que mi ardor lo acredita;
no, que el yelo no lo causa;
si, que el yelo lo publica.
No puede ser, no es posible,
no, que á la razon implica:
pues qué será? esto es deseo.
De qué? De mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo:
pues qué será? Una codicia
de aquello que se me aparta;
no porque no lo queria
el corazon, esto es tema.
No pues, alma, qué imaginas?
Baxeza es del pensamiento:
no es sino soberanía
de nuestra naturaleza,
cuya condicion altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira.
Y habiendo visto, que hay pecho
que á su alhago no se rinda,
el dolor de este desdén
le abrasa, y le martiriza,
y produce un sentimiento,
con que á desear le obliga
vencer aquel imposible,
y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo,
y este dolor le lastima,
parece efecto de amor,
porque apetece, y aspira,
y no es sino un sentimiento
equivocado en caricia.
Esto la razon discurre;
mas la voluntad indigna,
toda la razon me arrastra,
y todo el valor me quita.
Sea amor, ó sentimiento
nieve, ardor, llama, ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
á esta furia vengativa
de amor contra la quietud
de mi libertad tranquila,
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento,
mi pena se hace á si misma,
porque mas que mi deseo
es rayo que me fulmina,
aunque es tan digna la causa
el ser la razon indigna;
pues mi ciega voluntad
se lleva, se precipita
del rigor, de la crueldad
del desdén la tiranía,
y muero mas que de amor,
de ver que á tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquiva.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael García Rodriguez, Calle de la Librería.